

que *influyen* sobre el pasado, y no al revés: "Si Hindemith toma a Bach como punto de partida para alguna de sus obras, no es que éste influya sobre aquél; más bien podemos suponer lo contrario: que Hindemith actuó sobre el pasado —sobre la obra de Bach— dándole un nuevo destino, una continuidad que sin la participación de nuestro contemporáneo nunca hubiera conocido" (pág. 92). Ni más ni menos que lo sospechado por Jorge Luis Borges: todo auténtico creador inventa o crea sus propios precursores.

Morales sostiene que la historia del arte se ha fundado muchas veces sobre causas ajenas a su propia entidad. El capítulo en que revisa y disecta el tema de la causalidad, siendo —a nuestro juicio— el más importante de *Arquitectónica* ofrece al mismo tiempo un amplio margen para la discusión. Se mencionan allí importantes causas junto al nombre de sus sustentadores. Taine y el medio geográfico; Worringer y la raza; *Spengler y las culturas botánicamente entendidas*; Semper y los materiales; Panofski y las concepciones filosóficas; Weisbach y la religiosidad; Gebhardt y el tiempo; Balet y el régimen político. Es cierto que Spengler se refirió a las culturas y su ciclo biológico, pero considerando las culturas como consecuencias de la vida del hombre, sea el fáustico u occidental, el helénico, el chino, etc. No hay en Spengler causalidad extrínseca como fundamentación de su juicio sobre las formas. La "manera de poseer la realidad" que es la cultura, no es atributo de la cultura sino del hombre culto. En su teoría sobre el sentido de los números establece Spengler la siguiente oposición: "Nuestro espacio cósmico infinito, sobre cuya presencia, al parecer, no cabe la más mínima duda, *no* existe para el hombre antiguo; ni siquiera puede representárselo. Por otra parte, el cosmos helénico, cuya profunda incompatibilidad con nuestro modo de concebir el mundo no hubiera debido permanecer tanto tiempo ignorada, es para los helenos algo evidente".

En Spengler, las cosas existen para el hombre antiguo o para el occidental, no para las culturas. Las culturas son un precipitado del sentimiento previo que les da vida y las sostiene.

Libro brillante, diestro, sabio, levemente escéptico y burlón. Hay que agradecer a la Universidad de Chile, a su Comisión Central de Publicaciones y al cuidado del profesor Félix Schwartzmann los esfuerzos que han gastado en publicar esta obra de excepción.

FERNANDO URIARTE

ERNESTO MURILLO: SALAR. Poemas. Instituto de Literatura Nortina. Antofagasta, 1967.

La primera vez que uno viaja por el Norte Grande descubre que la singular sensación que deja ese paisaje lunar, como de planeta muerto, jamás la había visto cabalmente descrita en ningún texto. Hay, sin em-

bargo, una literatura nortina, con muestras estimables, aunque a veces maculada por la retórica o el excesivo tono épico, compuesta por poetas y narradores que se ufanan de su lugar de nacimiento o de adopción.

Y es posible que ahí esté precisamente la clave de la falla, la explicación de por qué la obra de esos autores no sea suficientemente reveladora: ellos son parte del norte o, dicho de otro modo, ellos son el norte.

De acuerdo con esta tesis, así como el desierto no puede verse a sí mismo, acaso sea necesario que la visión suya deba darla una pupila extraña, de otra latitud. En este caso se cuenta con un mejor punto de vista; hay un sujeto aquí y un objeto allá, y entre ambos toda una perspectiva que contiene, desde luego, algo que por razones obvias les falta a los autores de Antofagasta y Tarapacá: capacidad de asombro y cuanto ello supone.

El poeta Ernesto Murillo, hombre de Santiago, en su libro *Salar* dispone, además de su fértil inspiración, de la perspectiva que en este caso se requiere. Por ello mismo sus páginas deparan una sucesión de emociones semejantes a las que asaltan al viajero cuando recorre por primera vez la vasta sabana de piedra y arena.

He aquí una muestra de cómo este poeta, sin dejarse arrebatar por los espejismos, cala esas extensiones ricas en metales y en soledad: "Como el aro de luz de la añañuca, / como el duro coirón de espesas uñas. / Como la camanchaca / de sonoras espinas congeladas. / Semilla alerta de una cal perdida / entre la mordedura de los cerros, / bajo la nada y el fondo de la nada, / asoma el cateador. / Tostado sabio del desierto inmenso, / amo de grandes días sin deslindes, / carne sin bastimento, hermano / del corazón del frío".

El conjunto de poemas de este volumen apunta a un aspecto del desierto que para nosotros es el más extrañable y sustantivo: el metafísico. En efecto, ante la infinitud de la pampa, el hombre mide mejor su propia pequeñez y la completa inutilidad de su arrogancia; y este dramático contraste lo lleva, quiéralo o no, a la idea de un ente superior que está por encima de todo, como única explicación al terror misterioso que ahí lo invade.

La incorporación del lector a un mundo de tan distintas dimensiones es el principal mérito de esta poesía dura que, desde el punto de vista formal, nada nuevo aporta, ya que está escrita en estilo tradicional.

Es, sí, admirable el don de síntesis con que Ernesto Murillo consigue dar la exacta relación entre el hombre y la naturaleza nortina. Está llevado a tal extremo que a veces las palabras que emplea parecieran hechas de arena, de roca, de sol. Siendo el tema enfocado, una región determinada de Chile, marcada por precisos meridianos, el poeta la trasciende a un ámbito realmente cósmico. En las 67 páginas de *Salar*, están la cordillera, el desierto y el mar nortinos desde sus remotos orígenes hasta la hora actual. El libro es la descripción lírica de todo el proceso geológico de esa tierra amarillenta y cuarteada por el sol que, al no poder dar flores, da a luz minerales.

El volumen, ilustrado con fotografías en blanco y negro, trae un emocionado prólogo de Mario Bahamonde, escritor de clara rectoría cultural en el Norte Grande. Los poemas suman 25 y cada uno de ellos es parte de un todo que el poeta —ingeniero civil— ha programado de antemano con las cifras de su propia intuición.

EDMUNDO CONCHA

